

de caos: Idea que se percibe entre líneas por toda esta obra de Croce. Pero es lo inexplicable de la crisis — dentro de su filosofía — lo que introduce dicha idea de caos. ¿No será que este irracional irrumpe porque Croce ha ensayado la acomodación de su filosofía a sus convicciones políticas? — ERWIN F. RUBENS.

OSWALD SPENGLER: *El hombre y la técnica* (1)

EN este libro ratifica Spengler las lúgubres conclusiones a que llegara en *La decadencia de Occidente*. Es, si se quiere, una facilitación de su obra anterior. El inmenso material acumulado en aquella impedía a muchos lectores la visión total — y clara — del cuadro. Atentos, especialmente, a uno de los aspectos tratados — aquél que les era más familiar — dejaban de lado los restantes, no los consideraban o soslayándolos, a lo sumo, frustraban la comprensión del destino del hombre, que exige, ineludiblemente, la observación simultánea, comparativa, de su total actividad.

Relacionándose tan estrechamente, es necesario recordar — aunque más no sea, en apretado esquema — la tesis de *La decadencia de Occidente*, sin cuyo conocimiento es difícil ubicar la presente obra.

Spengler no admite, en el terreno histórico, una evolución ininterrumpida, en línea recta, de lo que suele llamarse “la humanidad”, que para él es tan sólo una abstracción, una palabra vacía de sentido. La *cultura* es el sujeto de la historia, su protagonista, o sea, el conjunto de manifestaciones artísticas, religiosas, económicas, políticas, etc. que expresan el estilo, el *alma* de una determinada colectividad. Estas colectividades, estas culturas — Spengler distingue nueve, incluyendo la rusa que sería la próxima, la cultura que está por nacer — duran alrededor de mil años cada una y son entre sí independientes; constituyen círculos cerrados, organismos en el verdadero sentido biológico que, como tales, cumplen su recorrido vital. La etapa última, la de la vejez, es denominada por Spengler *civilización*. En eso estamos. Cada cultura tiene sus propios problemas, su peculiar manera de comportarse frente a ellos. En última instancia, todo se reduce a un radical relativismo: no existe “verdad en sí”, lo verdadero y lo falso son conceptos relativos ante los cuales los hombres de las distintas culturas reaccionan singularmente. Spengler llevó sus afirmaciones relativistas hasta negar valor absoluto a las matemáticas.

La cultura occidental o fáustica que se desarrolla desde el siglo X aproximadamente, y en cuya edad senil, de *civilización*, entramos desde el 1800, ha sido escenario — y lo sigue siendo — de la trágica lucha del hombre con la naturaleza. No se quiere decir con eso que la mencionada lucha sea exclusiva de nuestra cultura — en realidad, hubo de ser esa lucha lo que debió plantearse al primer hombre antes que ninguna otra cosa — pero si se quiere significar que los caracteres con que se presenta no se han dado en ninguna otra. “La naturaleza no había de seguir siendo saqueada en sus materias, sino que había de ponerse en tensión, con todas sus fuerzas,

(1) Traducción de Manuel G. Morente, Espasa-Calpe, 1932.

sometiéndose al yugo y realizando trabajo de esclava, para multiplicar el poder del hombre”.

Ese programa de épica ambición obligó el empleo de medios hasta entonces desconocidos. “Ya en el siglo X encontramos construcciones técnicas de indole completamente nueva”.

La palabra técnica, en el libro que motiva esta nota, está dada en una acepción amplia, universal: “la técnica es la táctica de la vida entera”; no presupone, necesariamente, la herramienta; está implicada, más bien, en toda actividad que procure realizar un fin. Así, existe una técnica lógica presente en la consideración de un problema, una técnica diplomática, etc.

Los animales tienen, también, su técnica — el león que acecha su presa, por ejemplo — pero, mientras ésta se halla como impedida de toda acción creadora, que la independice de la especie, la técnica del hombre es variable, inventiva, personal. “El hombre es el creador de su táctica vital”.

Acuciado por su *voluntad de poderío*, el hombre siente la necesidad de agruparse para poder así realizar nuevas técnicas. Animal de rapiña, por excelencia, el Universo es la presa deseada. “El concepto de botín en que piensa el animal rapaz” es “llevado hasta su extremo límite”. Pero la naturaleza, implacable, se venga de ese rebelde que es el hombre, de “ese pequeño creador contra natura”, convirtiéndolo en esclavo de su propia creación. Una invención trae aparejada, necesariamente, otras, a lo realizado sucede el deseo, la inquietud de nuevas realizaciones, y así, insatisfecho siempre, eterno sediento, ésta es la maldición que pesa sobre el hombre y, al mismo tiempo, su grandeza.

La técnica maquinista — considerada la máquina como el arma más eficaz para luchar contra la naturaleza — adquiere un desarrollo enorme. Tanto, que como si se independizara de su creador, el hombre, se rebela contra él y termina por dominarlo. “La mecanización del mundo ha entrado en un estadio de peligrosísima tensión”. “La máquina anula su fin por su número y por su refinamiento”. Y es inútil intentar nada: la técnica maquinista “se ha desarrollado por necesidad interna”. Su derrumbe es inminente, así como el de la cultura de la que es expresión. Inminente e ineludible. Es el destino que se cumple: indiferente, cruel, inexorable. “El optimismo es cobardía”. “Un fin honroso” es lo único que podemos gozar. “Hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanza, sin salvación en el puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano, cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta en Pompeya, y que murió porque al estallar la erupción del Vesubio olvidáronse de licenciarlo”.

Solo nos cabe, pues, esperar estoicamente, orgullosamente, el cumplimiento de lo que tiene que ser.

Ese determinismo, esa inevitabilidad del acontecer histórico — piedra angular de su ingente edificio — descansa sobre un acto de fe inicial: Spengler cree que la historia tiene lógica (2), es decir, toda su construcción — y las consecuencias que de ella

(2) Este problema de la lógica de la historia lo considera Spengler en la *Introducción de La Decadencia de Occidente*.

deriven — sería un ejemplo acabado de la imposibilidad — que diría Dilthey — de discutir su veracidad o su falacia, ya que entran en ella elementos extraños a la lógica, factores exclusivos e insobornables del filósofo-hombre que no se prestan, por lo mismo, a ser considerados lógicamente.

La influencia de Nietzsche — confesada, conjuntamente con la de Goethe, en *La Decadencia de Occidente* — manifiéstase vigorosamente en este nuevo libro hasta traducirse en expresiones gratas al Anticristo alemán. Por otra parte, la pesimista concepción spengleriana del hombre recuerda a la de Hobbes al declarar ajenos a su estructura los instintos generosos, al destacarlo como verdadero animal de rapiña: “magnífico, valiente, astuto, cruel. Vive atacando, matando y aniquilando”. Pero esta calificación, fundamental en el libro que comentamos — “el hombre es un animal de rapiña” — cuadra, en realidad, solamente a los hombres que han nacido para ordenar, para dirigir — de acuerdo a la aristotélica clasificación que Spengler establece de hombres nacidos para el mando y hombres nacidos para la obediencia. Es decir, esa que quiere ser definición del hombre — ¿se puede definir, acaso? — no sólo no contempla los aspectos diversos que el hombre presenta, sino que, aún aceptando que destaque lo esencial, eso que lo sitúa en su plano humano — lo que es discutible — es válida únicamente para aquellos hombres que por sus condiciones naturales, por su *voluntad de poderío*, pueden ser considerados como animales de rapiña. No sirve, pues, la tal definición para referirse a todos los hombres sino a una parte de ellos, a determinada clase. Es, por lo tanto, insuficiente. Una definición del hombre — biográfica ha de ser, nó biológica, agregaría Ortega — debe implicar, se nos ocurre, la mezcla minuciosa y arbitraria de los conceptos más encontrados y dispares. Se obtendría así, varia, contradictoria, múltiple, su caracterización más aproximada.

Cabe preguntar, además ¿es cierto que no podemos librarnos de la tiranía del maquinismo? Daniel-Rops — figura destacada de la actual crítica francesa — participa, hasta cierto punto, de la afirmación del filósofo germano, al asegurar que sólo el anacoreta puede escapar de la dominación que la máquina ejerce sobre nosotros, que únicamente huyendo de la civilización podemos librarnos de ella (3). Pero esto implica ya una posibilidad de evasión, y ella basta para invalidar el carácter necesario que Spengler atribuye al fenómeno. Eso es lo que interesa: saber si el hombre puede orientar su acción, su vida, a pesar de la máquina, más, sometiéndola. La afirmación de Rops — por más limitada que sea — la admite. Ya no importa que los hechos se desarrollen de acuerdo con las predicciones de Spengler, ello no significará que su teoría sea exacta, que el derrumbe occidental sea “ineludible”. Y esto: elegir, determinar, es la cosa más alta que le sea dado apetecer al hombre. A uno se le ocurre pensar que esa imposibilidad de evitar la próxima catástrofe de nuestra cultura, la afirma Spengler, más que nada, constreñido por las exigencias de su tesis. — LEÓN OSTROV.

(3) Daniel-Rops: *L'esprit et la machine* en *La nouvelle revue des jeunes*, junio 1931.